

San Gregorio Magno

«Entonces el rey dijo a los ministros: atadlo de pies y manos arrojadle a las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crujir de dientes».

En virtud de tan severa sentencia se atarán entonces los pies y las manos de aquellos que ahora no quieren deslizarse de las malas obras mejorando su vida. En otras palabras, la pena sujetará después a los que ahora están ligados por la culpa. Porque los pies que se niegan a visitar a los enfermos y las manos que no socorren al indigente, están ya voluntariamente desligadas de las buenas obras. Por lo tanto, los que ahora espontáneamente se atan con los vicios, más tarde y contra su voluntad serán atados por el castigo. Con gran propiedad se dice que serán arrojados en las tinieblas exteriores; puesto que entendemos por tinieblas interiores la ceguedad del corazón, mientras que llamamos tinieblas exteriores la noche eterna de la condenación. Por lo tanto, el condenado no es enviado a las tinieblas interiores, sino a las exteriores, porque en la otra vida es arrojado, contra su voluntad, en la noche de la condenación el que espontáneamente cayó durante la vida presente en la ceguedad de corazón. Se nos dice que en aquel lugar habrá llanto y crujir de dientes; de suerte que allí rechinarán los dientes de los que, mientras estuvieron en este mundo, se gozaban en su voracidad; llorarán allí los ojos de aquéllos que en este mundo se recrearon con la vista de cosas ilícitas; de modo que cada uno de los miembros que en este mundo sirvió para la satisfacción de algún vicio, sufrirá en la otra vida un suplicio especial.

Pero condenado uno, en el que se representa toda la clase de los malos, se emplea una sentencia general, diciendo: «Porque muchos son los llamados, pero pocos los escogidos.» Terrible es, carísimos hermanos, lo que acabamos de oír. Considerad que todos nosotros, llamados por la fe, asistimos a las bodas del rey celestial, todos nosotros creemos y confesamos el misterio de su Encarnación, todos nosotros participamos del banquete del Verbo divino, pero entrará el rey en el día futuro del juicio, y sabemos que hemos sido llamados, pero ignoramos si somos de los elegidos. Por lo tanto, es preciso que nos humillemos todos, tanto más, cuanto ignoramos si somos elegidos. Algunos hay que nunca dieron principio a las buenas obras; otros comenzaron a obrar el bien, pero no persistieron en este camino. Uno es visto casi toda su vida en la maldad, pero allá hacia el fin es apartado de ella y de sus errores por los lamentos de una verdadera penitencia; otro, por el contrario, parece vivir una vida santa, pero allá hacia el término de sus días sucede que cae en el error de la maldad. Otros hay que comienzan bien y concluyen mejor; otros, por el contrario, desde su juventud se precipitan en el abismo de los vicios y terminan en la misma conducta, peores cada vez. Así, pues, tema cada uno, puesto que ignora lo que le resta, porque no es de olvidar y sí para repetirlo muchas veces: «Muchos son los llamados y pocos los escogidos.»

(San Gregorio Magno, Parábolas del Evangelio, Rialp S. A., Madrid, 1957, pág. 63-65)